

DOCUMENTOS

La crisis contemporánea de la política

Por Pierre FOUGEYROLLAS

En lo que tiene de más permanente, la política es una actividad que concierne a la existencia social globalmente entendida. Dicho de otro modo: la política es el esfuerzo de los individuos que buscan someter el conjunto de la vida social a un poder globalizante real, ya sea virtual o ideal.

Gubernamental o de oposición, conservadora, retrógrada o revolucionaria, autoritaria, democrática o totalitaria, la política, como conciencia o como acción, se refiere siempre al poder. Hay que entender el poder político como una cierta fuerza de impulso, de orientación y control que se ejerce o tiende a ejercerse sobre el conjunto de la vida social que desea globalizar, unificar y constituir en un cuerpo.

El poder político puede ser autoritario, es decir, ejercerse sin el control de una representación del cuerpo social. Puede ser totalitario, es decir, integrar todos los aspectos de la existencia humana aboliendo las distinciones entre lo privado y lo público, lo espiritual y lo temporal. Puede ser democrático, es decir, subordinar al gobierno temporal los asuntos públicos y recibir el control institucionalizado de una representación elegida del cuerpo social.

Al mismo tiempo, en estos tres casos el poder político se distingue de los otros poderes sociales, reconocidos por la sociedad pero parciales respecto a su campo de aplicación. La potestad del padre se ejerce dentro de los límites de la institución familiar; la del profesor, dentro de los límites de la institución escolar; la del funcionario, dentro de los límites de su administración. Sólo el poder político se extiende o busca la expansión hasta los límites de la sociedad global en sí.

Se ha dicho que la política no es la única dimensión del hombre. Es necesario añadir que no existe experiencia humana completa sin esta dimensión.

El desarrollo de la sociedad industrial ha conmocionado el pensamiento político. Al experimentar todo lo que de mágico tiene el poder político y convencido de que la sociedad industrial reemplazaría la magia por la ciencia, Saint-Simon anunció que "el gobierno de los hombres" cedería su lugar a la "administración de las cosas". De esta intuición nacieron las concepciones marxistas y tecnocráticas de la política.

Con mayor exactitud y cada quien a su manera, Comte y Marx creyeron poder inferir *el fin de la política como tal* a partir del desarrollo de la sociedad industrial. Para los actuales adeptos de las diversas variedades del marxismo y del tecnocratismo, sigue siendo verdad que los debates y las luchas de la política cederán su lugar un día a un control racional de la vida social por los hombres que disponen, en la materia, del poder incontestable de la ciencia.

Lo que actualmente se entiende por crisis de la política es tanto la predicación neo-saint-simoniana de la actividad política, cuanto el enjuiciamiento de esa herencia saint-simoniana sobre la base de la evolución de la vida social en nuestro tiempo. Estos dos enjuiciamientos se oponen y se complementan a la vez, en una época en que el declive general de las ideologías convierte a los individuos en víctimas del desconcierto relativo al devenir histórico del que participan.

Antes de la Revolución Francesa, el político era el hombre que participaba en un juego cuyo fin residía en la conquista y el empleo del poder. Después de la Revolución, el político es ya otro: no quiere ser objeto de la historia y se esfuerza en ser su sujeto. Para él, se trata de vencer al destino. De esta manera, una cierta fórmula napoleónica define la política como tragedia moderna.

El saint-simonismo rechaza precisamente tanto el concepto clásico del *Kriegspiel* político, como el concepto romántico que considera a la política como tragedia a cuyo término el destino toma cuenta del héroe. Según Saint-Simon y sus continuadores marxistas y tecnócratas, la sociedad industrial sería generadora, al final de su desarrollo, de racionalidad, libertad y paz. Entre este orden final y el desorden actual, se trata

de concebir y domesticar el proceso de superación histórica de la política.

Los marxistas han concebido este proceso como la epopeya del proletariado industrial, clase radicalmente liberadora. Los adeptos del tecnocratismo lo han concebido, a su vez, como un deterioro prosaico de la actividad política y como su reemplazo gradual por una actividad administrativa que se somete al poder de la competencia tecno-científica.

Ahora se sabe que los esquemas del marxismo y del tecnocratismo no dan cuenta suficiente del complejo desarrollo de la sociedad industrial y que sus pretensiones científicas no deben hacer olvidar los supuestos escatológicos de donde provienen. Sin embargo, la parte de verdad contenida en ellos, es decir la expresión de la *praxis* generadora del devenir humano, impide al espíritu contemporáneo el volver pura y simplemente a la concepción clásica o romántica de la política. Al espectáculo lastimoso de una cierta izquierda prisionera de esquemas ideológicos arcaicos responde el triste espectáculo de una cierta derecha sumergida en un sórdido practicismo. La política francesa aparece sucesivamente como juego, tragedia, epopeya, actividad administrativa y hasta como una diversidad de prácticas sociales al borde del marasmo.

Cierto es que se puede responder a esta apreciación pesimista haciendo referencia a la evolución económica que se mantiene impetuosa a lo largo de ministerios y hasta de regímenes, y al proceso de descolonización que marcha, a pesar de todo, hacia su fin. Pero la crisis de la política reside, precisamente, en el hecho de que ni el cuerpo social ni el poder ejercen un control global suficiente sobre el proceso en curso.



"experimentar todo lo que de mágico tiene el poder político"

El problema generalmente evocado de la democracia dentro del Estado nos remite ahora al del Estado en la historia, el que a su vez nos lleva al problema mismo de la naturaleza de la política en el mundo actual. Desde este punto de vista, los llamados fenómenos de despolitización no son ya más que síntomas de una crisis general y radical del hombre político.

Desde la Revolución Soviética de 1917 a nuestros días, la concepción épica de la política ha pretendido tener por fundamento objetivo la lucha de clases en la sociedad industrial y la lucha internacional de los países colonizados y dependientes contra las potencias imperialistas. Desde este punto de vista, el compromiso político consistía en participar en el movimiento obrero de liberación de los pueblos sometidos. El individuo comprometido podía, entonces, convencerse de que actuaba en favor de la libertad humana y de la unidad del mundo.

Hoy, parece ser que la lucha de clases ha cedido su lugar en la sociedad industrial a otras formas, más complejas, de tensiones y de conflictos entre grupos. Parece ser también que la lucha de los países coloniales contra el imperialismo llega a su fin gracias a lo que podría llamarse el proceso mundial de la descolonización.

Cierto es que la sociedad industrial conocerá aún conflictos de trabajo que enfrentarán a patrones y asalariados, y que algunas regiones del mundo, como el África del Sur, conocerán todavía conflictos entre las masas trabajadoras y sus explotadores extranjeros. Pero parece ser que estos dos tipos de conflictos serán más característicos de una era que finaliza ante nuestros ojos que de una nueva era.

Para aquellos que, como nosotros, han rendido tributo largamente a una concepción épica de la historia y de la política, el problema reside en saber si la humanidad no entra, actualmente, en una era definitivamente *post-épica*. Si así fuera, ¿qué significado adquiriría la actividad política?

Esquemáticamente, el futuro del mundo parece dar lugar a dos perspectivas extremas. Según la primera, que es la que acabamos de evocar, el fin de la guerra de clases y de razas haría desaparecer la problemática en que se han fundado las ideologías políticas de nuestro tiempo. Una nueva problemática tendrá, entonces, que ser definida. Puede pensarse que ésta provendría principalmente de la imperiosa necesidad que tiene el hombre de un control teórico y práctico de sus propias actividades técnicas. Se sabe que, en el desarrollo más reciente de la sociedad industrial, estas actividades, llevadas por una especie de dinamismo autónomo, han comenzado a escapar de la dirección y el control de sus promotores.

Según esta perspectiva, la cuestión social no se resolverá ya mediante debates y luchas que tiendan a cambiar el estatuto de la propiedad de los medios de producción. Más bien se resolverá por el esfuerzo del conjunto de grupos que forman la sociedad teniendo en cuenta el poder de las nuevas técnicas y su empleo en beneficio de todos. La sociedad norteamericana testimonia, ya, una evolución en este sentido.

Por otra parte, los asuntos internacionales se prestarían cada vez menos a resolverse por el empleo de la violencia. Exigirían, por el contrario, cooperaciones cada vez más amplias que implicarían una organización de la vida de los pueblos en escala mundial. Las prácticas técnicas y económicas de la situación post-colonial indican ya que se cumplirá una evolución en este sentido.

Si el futuro del mundo deberá confirmar la verdad de semejante perspectiva hipotética, la actividad política tenderá, a la larga, a confundirse con un conjunto de prácticas administrativas. Por este camino, el prosaísmo tecnocrático la llevará, en fin, hacia la épica marxista.

Puede, sin embargo, rechazarse esta perspectiva y concebir otra diametralmente opuesta. En efecto, la superación del conflicto clásico entre el trabajo y el capital no significa que el futuro de la sociedad industrial deba desarrollarse sin conflictos internos y sin recurrir a la violencia.

¿No existen, en un país como Francia, fuerzas sociales que tienden a la modernización de la economía y otras fuerzas que ofrecen resistencia y se oponen a este proceso de modernización? Por no ser reductible al antagonismo del capital y del trabajo, esta nueva oposición puede engendrar sus conflictos y dar lugar a nuevos episodios de la guerra social.

Por otra parte si es cierto que la descolonización ha entrado en su última fase y que Portugal y los *afrikaners* deberán, como Francia y Gran Bretaña, inclinarse ante el irresistible empuje de los pueblos africanos, puede uno preguntarse si otros imperialismos no jugarán un importante papel histórico en el futuro.

El imperialismo occidental declina, pero los pueblos de Europa oriental se hallan sometidos al imperialismo soviético. Se esboza ya un imperialismo chino y los nacionalismos árabes revelan aquí y allá tendencias anexionistas.

Lejos de terminarse, la guerra de los pueblos, la guerra de las razas tomaría solamente formas nuevas. La conciencia política, liberada de mistificaciones ideológicas, deberá reconocer que el eterno *Kriegspiel* se mantiene a través del mundo y que el eterno enfrentamiento del destino por las individualidades superiores esboza nuevas figuras episódicas de la tragedia política.

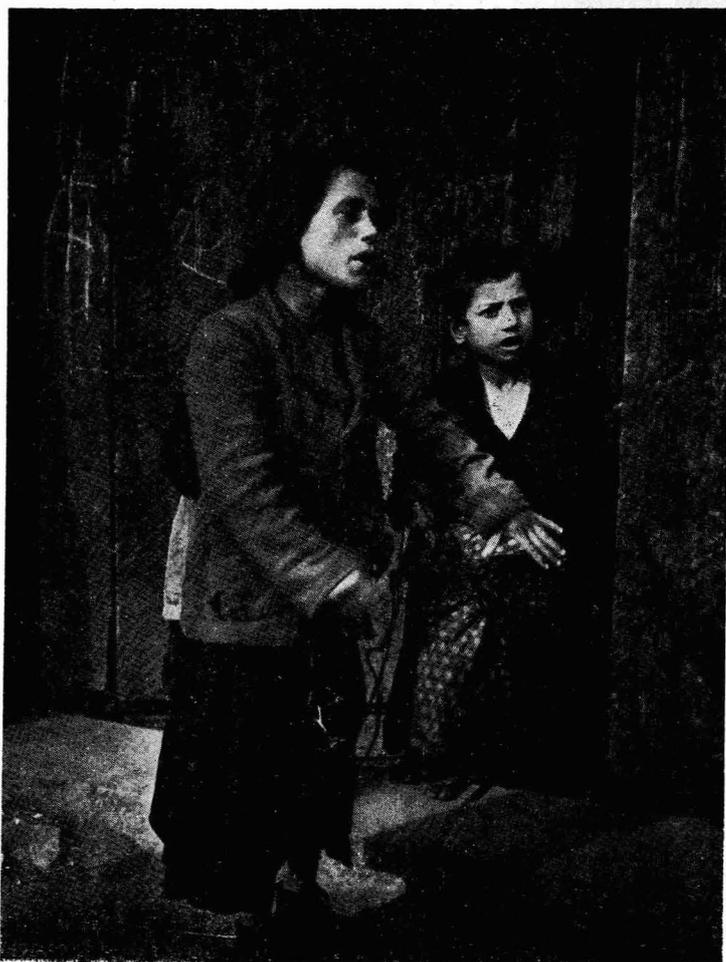
Entre el optimismo tecnocrático de la primera perspectiva y el pesimismo trágico de la segunda es posible concebir una multitud de hipótesis más matizadas.

¿Por qué no imaginar un futuro en el que las oposiciones entre los grupos interiores de las sociedades globales continuaran engendrando la violencia mientras que las relaciones internacionales evolucionaran progresivamente hacia una coordinación mundial desprovista de violencia? ¿Por qué no imaginar, por el contrario, un futuro en el que las oposiciones entre los grupos se resolverían sin recurrir a la guerra social mientras que la política entre Estados permaneciera sometida a la ley de la fuerza?

A decir verdad, únicamente los supuestos ideológicos que no presentan suficientes garantías de objetividad permiten adoptar alguna de estas hipótesis y considerarla como una perspectiva cierta respecto al futuro del mundo. Dicho de otro modo: la conciencia política contemporánea no puede sobrellevar su inquietud y ganar las certezas tranquilizadoras si no se consagra a la ideología. Es esta consagración la que la hace devenir en conciencia comunista o conciencia nacionalista. De esta manera, al dogmatizarse huye de los problemas.

El comunista y el nacionalista tienen, parejamente, el sentimiento de ser sujetos de la historia. Pero ambos participan en vastas empresas en las que, como militantes, no poseen ningún poder real de decisión o de orientación. Su compromiso ha sido, a la vez, su primera y su última decisión política. Después, comienza el reinado de la sumisión al aparato y el de la mistificación de la conciencia política. Sólo la ideología puede entonces ocultar al militante su condición reificada y hacer que la conciba como una vocación de hombre libre.

Sólo renunciando al opio ideológico y afrontando la pluralidad de las hipótesis concernientes al futuro de las sociedades contemporáneas puede intentar la conciencia política volver a descubrir su significado original.



"el fin de la guerra de clases y de razas"

La actividad política ha estado siempre solicitada, de una parte, por el realismo, que es la consideración privilegiada de los intereses y, de otra, por el idealismo, que es la consideración privilegiada de los principios.

Falta que un interés colectivo suficientemente vasto pueda ser erigido en principio y que un principio reducido a alguna de sus aplicaciones pueda confundirse con un interés. También el realismo y el idealismo son formas de *concebir* la política, más que maneras de *vivirla*.

El idealismo es una tendencia en virtud de la cual la conciencia política se confunde con la conciencia moral; el realismo es una tendencia en virtud de la cual la conciencia política se confunde con la conciencia de un *savoir-faire*. En el primer caso, la preocupación de la existencia social global puede ser reemplazada por un simple testimonio; en el segundo caso, esa misma preocupación puede olvidarse en favor de un practicismo particularista.

La experiencia política se despliega entre estos dos peligros, e incumbe al militante, al cuadro destacado, al dirigente de la organización y al hombre de Estado el evitar, en cada circunstancia, el moralismo y el practicismo. En todo caso, no existe un método que les sirva para evitarlos sistemática y definitivamente.

Durante el desarrollo de la sociedad industrial la conciencia política ha continuado, como en el pasado, sufriendo las tentaciones opuestas del realismo y del idealismo. Pero ha alimentado, a partir de Saint-Simon, Comte y Marx, la convicción de que puede resolver sus propios problemas con la ayuda de la ciencia, y que la actividad política podría ser un día sometida al poder de la ciencia o, si se prefiere, desaparecer en provecho de una actividad científica dirigida y gestionada por la sociedad.

El realismo y el idealismo clásicos han sido, por así decirlo, subdeterminados por la idea del reino de la ciencia.

Cada vez más se ha visto que la complejidad del futuro humano era tal que desafiaba la previsión científica y que los esquemas provisionales pretendidamente científicos eran de hecho expresiones ideológicas, es decir deformadas o invertidas, de la realidad social. En lo que concierne al marxismo, esto significa que Marx, en tanto que crítico radical de la ideología, debería tener *teóricamente* razón contra todas las esquematizaciones ideológicas, incluyendo las suyas y las de sus sucesores, y que la fuerza de la ideología debería triunfar *prácticamente* sobre la crítica de Marx, incluso sobre todo el sistema marxista.

No existe doctrina científica que nos permita *elegir*, en virtud de la racionalidad y de la eficacia conjuntas, entre la política autoritaria, la política totalitaria y la política democrática.

En la mayor parte de aquellos que participan, de algún modo, en la vida política, la adopción de una preferencia respecto al modelo autoritario, al modelo totalitario o al modelo democrático, proviene del condicionamiento biográfico. En la medida en que el individuo desea emanciparse de este condicionamiento y efectuar una elección tan consciente como sea posible, no sabrá encontrar en las ciencias del hombre verdades que lo inclinen irresistiblemente a una opción más que a otra.

El primer deber de una deontología del pensamiento y de la vida políticas consiste hoy, según nosotros, en un nuevo descubrimiento de la elección original que funda la conciencia política más allá de toda racionalidad y de toda eficacia.

Una vez hecho el nuevo descubrimiento y habiendo asumido como tal la elección originaria, importa entonces que la conciencia política sepa que no va a permanecer ahí. La elección originaria no se distinguirá de una opción ética si desconoce su campo de aplicación, que es la realidad social tomada en su conjunto.

En este momento, pero sólo en este momento que es el segundo, surgen las exigencias de racionalidad y de eficacia, es decir la operatividad propia de la actividad política. Esto quiere decir que, a partir de una opción originaria en favor de una política autoritaria, totalitaria o democrática, debe definirse una estrategia general asignándose objetivos históricos concretos y tácticas capaces de adaptar el esfuerzo estratégico continuo a la discontinuidad de las coyunturas.

Al pronunciarnos, por nuestra parte, en favor de una concepción democrática de la actividad política, y sin pretender hacerlo en nombre de una racionalidad incontestable o de una eficacia generalizable en todo tiempo y en todo lugar, tratamos de participar en la definición de una estrategia capaz de promover las democratizaciones comenzando por nuestra propia comunidad nacional y capaz de vencer a los partidarios del



"un nuevo descubrimiento de la elección original"

autoritarismo y del totalitarismo. Intentemos, además, participar en la concepción y la realización de tácticas circunstancialmente apropiadas, sin dejar de reconocer que los riesgos de error crecen en la medida en que el pensamiento político tiende a particularizarse al examinar coyunturas particulares.

En lo que concierne al planteamiento de los problemas políticos contemporáneos, importa, según nosotros, una cierta distinción de los planos. Sólo distinguiendo lo que proviene de la opción originaria, lo que proviene de la estrategia general y lo que releva de las tácticas coyunturales será posible evitar no sólo el moralismo y el practicismo, sino también la mistificación paradójicamente generadora de la divinización del político.

A este respecto, nos parece que la conciencia totalitaria, en virtud de su propia estructura, no puede ya mantener, aunque pueda concebirla, tal distinción. Por esto nos parece que esa conciencia está destinada a la ideología y que no podrá ser considerada, en rigor, una conciencia auténticamente política si tenemos cuidado de definir la política en términos no-ideológicos.

Como el totalitarismo pertenece a la patología más que a la biología general de la vida política, el dilema estará en elegir entre el pesimismo autoritario y el optimismo democrático. Admitimos que una común deontología del pensamiento político puede aplicarse a esas dos concepciones.

Es obvio que esta deontología no será capaz de reabsorber los debates y los combates en una síntesis que no puede ser sino falsa. Solamente permitirá que la confrontación se produzca con pleno conocimiento de causa.

La experiencia política, que es una forma de la experiencia humana, nos remite a una manifestación específica de la conciencia, en tanto que conciencia de la realidad social considerada en relación con un poder de globalización.

Es por completo inútil esperar que la conciencia política pueda erigirse en conciencia radicalmente *desenajenada*. Pero es igualmente vano el reconocer que aquél entraña un esfuerzo de desenajenación, esfuerzo que se desenvuelve a través de diversas modalidades parcialmente desenajenadas y parcialmente re-enajenadas de la existencia humana.

Lo que si puede evitarse es que la enajenación vencedora se transforme en pensamiento mistificado, es decir, en enajenación no consciente de sí y, en fin, opaca ante sí misma.

Aun si se impide a los hombres el hacer íntegramente la historia según sus deseos, sus necesidades y sus esperanzas, importa que descubran y que comprendan, en la mayor medida posible, la historia que en efecto construyen.

Tomado de *Arguments*, núms. 27-28, tercero y cuarto trimestres. París.

—Traducción de Juan Vicente Melo